

Nervo, Amado
Suarez, J.L.
Homenaje a la memoria
de Amado Nervo.

Al ilustre hispanófilo Mr. Milton A. Buchanan afectuoso recuerdo de

ATENEO HISPANOAMERICANO

Homenaje a la memoria de Amado Nervo

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN DICHO ACTO POR LOS SEÑORES

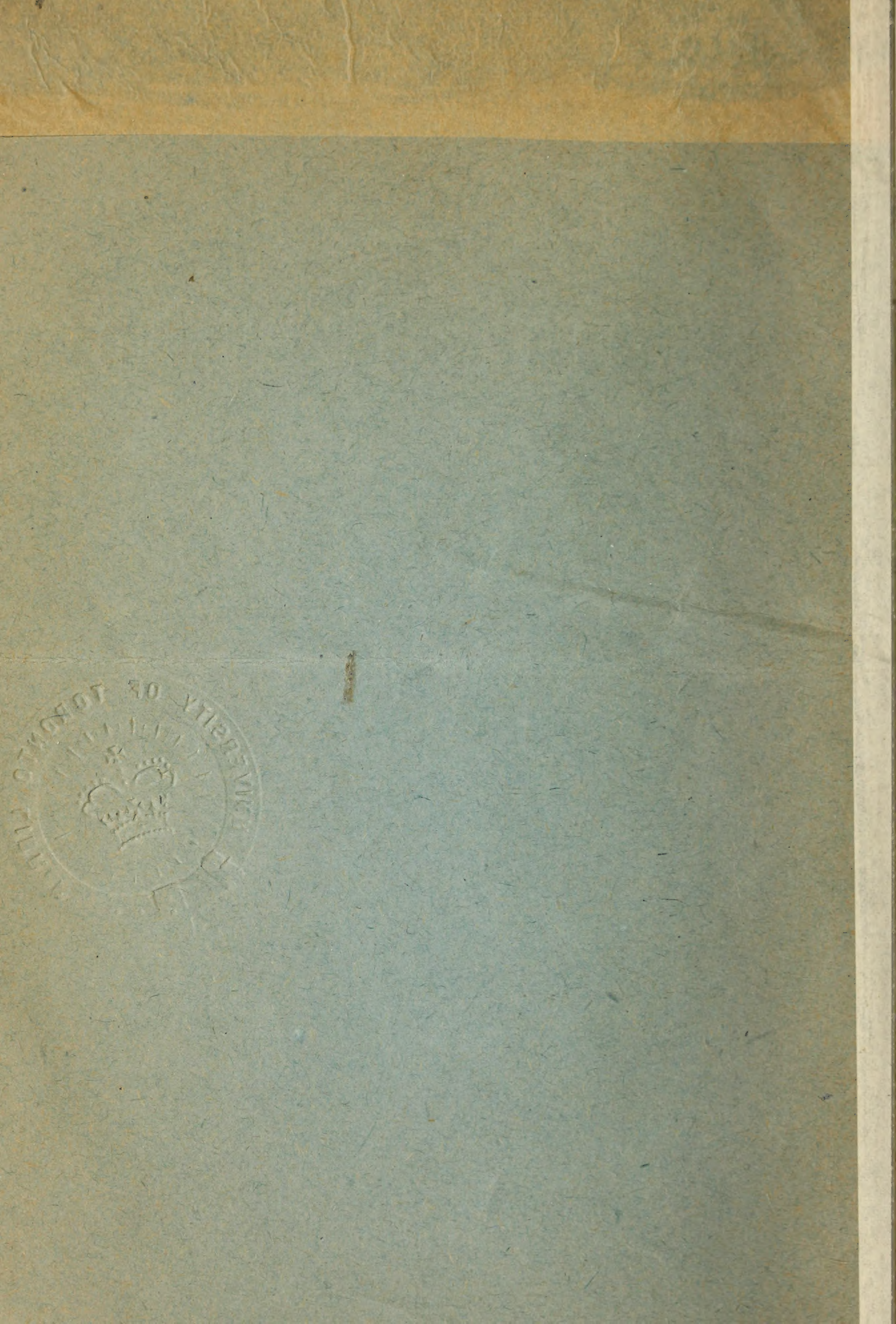
Dr. JOSE LEON SUAREZ

Y

D. RICARDO MONNER SANS

25 Junio de 1919

Secretaria: Avda. de Mayo 1120
Buenos Aires



Nervo diplomático [1]

El Presidente de una institución como ésta, debe participar en los más variados actos intelectuales por razones *ex officio*.

Es por eso, sin duda, que el señor Secretario incluyó mi nombre en el programa de hoy, para que hablara de Amado Nervo diplomático.

Poco he de decir, señores, de este aspecto del malogrado vate, porque por grandes que fueran sus condiciones, y amplias sus perspectivas en el fecundo terreno diplomático, en una velada de esta naturaleza y en este sitio, el Nervo literato, y el Nervo poeta, absorben toda la personalidad cuya memoria honramos con respetuosa y cariñosa unción en este extremo de América, como representativa de uno de los más altos exponentes de la literatura de nuestro idioma.

Pero esta demostración es también un fraternal testimonio de admiración y simpatía a la República Mejicana, que se debate en medio de la realización de los más grandes problemas sociales y políticos y afronta al mismo tiempo con serenidad y altivez las escabrosidades y peligros de una de las más graves situaciones geográficas existentes en el mundo entero, cuadrándose con dignidad ante el obstáculo tan serio como injusto de haber sido dejada, momentáneamente, fuera de la proyecta-

(1) Trabajo leído en el homenaje realizado en el Ateneo a la memoria del ilustre vate.

da Sociedad de las Naciones, ella, la ilustre patria de Hidalgo y de Morelos, que con Benito Juárez dió el inmarcesible ejemplo de "un país libertado y un emperador decapitado"...

Señores: Hablar mucho de Nervo diplomático en esta noche, me parece tan trivial como si hablara de Sarmiento militar, tratando de exaltar su personalidad de educacionista, o de Mitre poeta, tratando de su aspecto de historiador o de político.

Por eso he de ser muy breve, dejando a mi ilustrado amigo y reputado literato señor Monner Sans que haga la crítica elogiosa de Amado Nervo, honra y orgullo de las letras americanas.

Nervo fué introductor de Ministros, segundo y primer secretario en España, y ministro plenipotenciario en nuestro país y Uruguay, desempeñando una misión de etiqueta ante la Corte de Inglaterra con motivo de la coronación del rey Jorge V.

A todas partes donde fué obtuvo éxito inmediato, porque se impuso por su cultura y por su probidad. La primera, le conquistaba simpatías intelectuales, la segunda confianza, buena voluntad y simpatía política.

Tenía el culto de lo verdadero, sin limitaciones. Creía, como Píndaro, que se comienza a ser virtuoso siendo verídico, y, como Platón, que la primera condición que exige el gobierno de la República es la profesión de la verdad.

Era siempre amable, a pesar de sus sentimientos pasionales en potencia, por lo mismo que eran exaltadamente artísticos, y la amabilidad sincera es una de las condiciones más recomendables en la diplomacia. Veía pronto y rápido; sabía escapar de los detalles; generalizaba con exactitud y firmeza; sus maneras tenían sello austero y digno, y parecía que encarnaba en ellas el honor de la nación que representaba.

Poseía el preciado don de emplear oportunamente la resistencia pasiva con tanta o más eficacia que la acción, porque sabía que en diplomacia muy a menudo la inercia es una fuerza.

Creyente en el ideal y en la justicia inmanente, tenía fé en el triunfo final del bien, perseguido con constancia y sin desmayos. Pensaba como San Agustín, que "la verdad es paciencia" y juzgaba como Montaigne, que "la virtud no consiste en vencer sino en luchar".

Tenía la convicción del gran valor de la diplomacia, arma delicada y complicada, cuando se sabe esgrimir con talento, honradez y habilidad...

"La diplomacia, decía (hace unos dos años), es sobre todo para los débiles; sus inagotables recursos han sido forjados para los países pequeños, porque son el arma de los desvalidos".

Aludiendo, con la sutilidad espiritual que era capaz, al peligro de la situación de su país, con relación a su poderoso vecino, decía: "Tal vecindad, sin duda, es peligrosa, tan peligrosa como fatal, ya que un país no puede mudarse de casa, y el problema es grave, aunque no nuevo". "Desde que el mundo existe, y va para rato, los países grandes quieren merendarse a los países pequeños; y a veces lo logran; pero no siempre".

Luego, por medio de un cuento, simbólico y fantástico a la vez, relata la lucha desigual entre un ogro y Pulgarcillo, en la cual éste, a fuerza de recursos diplomáticos, se defendía eficazmente de la voracidad del gigante.

En la fábula de la serpiente y de la rana, simbolizó también las artes y recursos de la inteligencia contra los abusos e injusticias de la fuerza. La rana se asía fuertemente de una rama cuyos cabos eran la diplomacia, por un lado, y una fuerza militar pequeña, pero de gran cohesión, por el otro. La serpiente, que estaba resuelta a engullirse la rana se detiene ante este inesperado obstáculo de la rama y sus dos cabos.

"La diplomacia, decía Nervo, ha nacido en los pueblos débiles; los fuertes ¡para qué la necesitan!"

"Las pequeñas repúblicas del Renacimiento fueron admirables de diplomacia, porque no eran fuertes y a esta diplomacia debieron muchas veces su existencia."

Nervo, con su profunda y perspicaz filosofía, sabe explotar y poner de relieve la vanidad de la justicia que suelen sentir los grandes y hace que Pulgarcito diga:

"Señor Ogro, a vos que sois grande, tan poderoso, os sienta bien la justicia y la generosidad. Devolvedme lo que me habéis quitado".

"Debemos advertir, agregaba Nervo, que los fuertes tie-

nen la *debilidad* de querer aparecer siempre justos." Y, luego, añadía esta colosal reflexión, que los grandes suelen olvidar, pero que la experiencia histórica comprueba con verdad consoladora: "La justicia es tan poderosa que, aún a los que nada pueden temer, se les impone y hacen cuanto alcanzan porque, cuando menos las apariencias de sus actos, reluzcan de equidad".

Amado Nervo mencionaba "otro tecleo diplomático", eficaz: el argumento de la *conveniencia* que, a veces, llega a la vanidad de la *protección*: "Señor Ogro, dijo Pulgarcillo, no os conviene apoderaros de mi esmeralda"; y lo convenció al Ogro" porque la diplomacia de los chicos es más sagaz, más afilada que la de los grandes".

Le dejó la esmeralda a su vecino y por egoismo o vanidad, llegó hasta garantizarle su propiedad contra otros posibles codiciosos, diciendo a la faz del mundo: "esta esmeralda es de mi excelente amigo Pulgarcillo y me opongo resueltamente a que alguien la toque".

Pulgarcillo, dice Nervo, no debe, empero, dormir sobre sus laureles.

Por el contrario, debe trabajar día y noche por imitar al Ogro y conseguir asimilarse, siquiera sea en parte, el secreto de su fuerza, porque "el alimento de los gigantes, y de los dioses, de que habla Wells, no es más que la "Fé", no es más que la "Perseverancia": creer en uno mismo, y persistir!"

Como veis, Amado Nervo, comprendía todo el problema diplomático iberoamericano, especialmente el problema hispanoamericano del norte, en esas irónicas y delicadas parábolas que aluden, sin lugar a duda, a la nebulosa doctrina de Monroe.

Como remedio final, Nervo no encuentra otro mejor que la confianza de cada pueblo en su propia autopotencia.

Pensaba, sin duda, como el Fausto de Goethe, que "solo merecen la vida, los que son capaces de conquistarla día a día con su esfuerzo".

Confiado en el triunfo final de la justicia decía: "Hay muchos países en el mundo que han crecido entre las fauces

de ogros sin misericordia, hasta que llegó su día de sol, día que no deja de llegar jamás para todos, absolutamente para todos los pueblos, como llega para todos los hombres!!"

Por último, ponen en evidencia su concepto diplomático estas palabras suyas: "La diplomacia tiene posibilidades infinitas, y debe procurar siempre ser el triunfo de la inteligencia, sutil, ágil, fértil, de aquellos a quienes la naturaleza, previdente, que no deja a nadie sin defensa, otorgó tan eficaz arma".

Como corolario de su premisa agregaba: "¿Creéis que existirían, por ejemplo, los ratones aún, y serían tan poderosos como son en este mundo, si los gatos fuesen omnipotentes?"

Amado Nervo vino a nuestro país persiguiendo un ideal a la vez amable y hermoso para nosotros: Era el de conjugar espiritualmente a Méjico con la Argentina, como una parte primordial de la obra de conjunción iberoamericana en que pensamos muchos hace tiempo con carácter de apremiante y trascendente.

Creía que había que abrir un ancho cauce al hispanoamericanismo que, sentimentalmente, es una realidad espontánea, porque existe y crece por sí solo, en medio de nuestra desidia y a pesar del error y de la injusticia con que hemos considerado y juzgado, a veces, la nobleza de nuestra filiación y estirpe.

Creía también, y esto es a mi entender el mayor mérito de sus ideas de estadista y diplomático, que había que dar formas jurídicas, políticas y económicas al panamericanismo; que también es una realidad, *de facto*, geográfica e internacional.

La doctrina de Monroe ha sido hasta ahora la encarnación *esotérica* del panamericanismo y como la doctrina no es una ley concreta, sino, como se ha dicho muchas veces y se ha repetido en estos días, un temperamento político que se modifica y adapta según las circunstancias y los intereses del país que la sustenta, lo lógico y prudente es definirla, precisarla, convertirla en una encarnación *exotérica*, como lo declaró noble y lealmente en Mobila el ilustre Presidente Wilson en su memorable discurso de 1913.

Nervo era panamericanista en ese recto y político sentido y así debiéramos serlo todos, puesto que no podemos, sin jactancia, renegar de la protección continental y, por eso mismo, no está en nuestras manos obligar a un gran país a que cambie su concepción política internacional, precisamente cuando los poderosos de la tierra en reunión de vencedores acaban de sancionar expresamente en París, lo que jamás ni tácitamente habían querido reconocer: la existencia de la Doctrina de Monroe, como un postulado definitivo de política internacional en el Nuevo Mundo.

Los verdaderos hombres de pensamiento en América no deben arremeter contra lo imposible, sino adaptarse a los hechos y procurar modificarlos hacia la justicia solidaria, fustigando los errores cometidos en la aplicación de esa Doctrina, pero tributando también homenaje a los beneficios rendidos, pues sin su amparo, en momentos determinados, algunas naciones europeas hubieran realizado ocupaciones territoriales o impuesto formas monárquicas de gobierno en ciertos países de América.

Nervo era partidario de la conciliación del americanismo ibérico con el panamericanismo y yo hago votos porque se ilumine la conciencia de todos nuestros hermanos de raza en el Nuevo Mundo a fin de que este punto de vista se generalice y consolide.

Señores: Amado Nervo, fué desastrosamente arrancado al campo literario, en el que dió sabrosos frutos cuyas semillas a su vez seguirán fructificando.

Pero, en el campo diplomático su muerte es más lamentable aún, porque es una esperanza frustrada. Iba recientemente a empezar a sembrar grandes y positivas ideas para beneficio de Méjico y de toda la América... Que la buena brújula de su genio inspire, en el futuro, a la diplomacia americana!

José León Suárez.

Amado Nervo poeta místico (1)

Señoras y señores:

Cuando este Ateneo, genuino representante de la confraternidad hispano-americana, se apercibía para recibir en su seno al ilustre poeta que nuestra hermana Méjico nos enviaba, más que como representante diplomático como portavoz elocuente de sus ideales de cariñoso amor hacia las Repúblicas del Plata, la muerte, escondida en una de las ondas del alijero pampero aguzó en las riberas de la querida Uruguay una de sus flechas, la que, como disparada por certera mano, hirió en el pecho al admirado vate, que a semejanza de los antiguos trovadores iba de pueblo en pueblo entonando sus cantares henchidos de amor y de unción religiosa. Fué para nosotros, para todos, tan rudo el golpe que, al recibir la infausta nueva, la que nos anunciaba la muerte de Amado Nervo, todos sentimos a la par caer sobre nuestros corazones el llanto interno, delator del más hondo de los pesares. Cierta protesta muda se formuló en los cerebros todos ante lo irremediable, ansiando, ¡pueril ansiedad! que esta vez, como tantas otras, el hilo trasmisor de las noticias nos hubiese engañado. No fué así, para tortura de nuestra sensibilidad y positivo dolor de las musas que cariñosamente besaban de continuo la escultórica cabeza del egregio trovador, y ante lo cierto tuvimos que bajar la frente para posar un momento los ojos sobre la tierra, que como madre amantísima recibía en su regazo el inanimado cuerpo de Nervo, y trás breve meditación elevar nuestra mirada hacia el cielo, de donde nos llega la luz, y de don-

(1) Trabajo leido en el homenaje dedicado por el Ateneo a la memoria del ilustre vate.

de recibía el insigne vate llamaradas de inspiración, relámpagos geniales, para solicitar conformidad, ese purismo bálsamo que el Dios en quien él creía suele enviar a cuántos saben que cuando el cuerpo cae envuelto en sombras, el alma se eleva arrebujada en olas de luz y de harmonía.

Y he aquí por qué, lo que ayer se proyectara en honor del ilutre mejicano en este mismo recinto, noche que hubiera sido de encanto, de placer y de alegría, se ha trocado por malaventurada decisión del destino en noche de melancolía, de pesar y de duelo, que siempre los causan, evocar el recuerdo de seres queridos, de seres que, como Amado Nervo, pasan por el mundo dejando trás sí deslumbrante estela de simpatías y espléndida constelación de pensamientos.

También yo, señoras y señores, víctima vuelvo a ser en este instante de la desgracia que nos ha atribulado, pues, nombrado para saludarle el día en que con su presencia hubiera honrado este Ateneo, encargo que sino con acierto con placer hubiese desempeñado, indicado he sido para dedicar hoy unas frases de cariño al poeta que, como brillante meteoro, pasó por Buenos Aires, sembrando afectos y despertando admiración.

Si es cierto, como creo, que el alma de una autor, cuando tiene individual relieve, asoma en sus producciones, para saber quien era Amado Nervo, para ponerse en íntimo contacto con su personalidad literaria, el más acertado medio es reabrir sus libros, releerlos con piadosa devoción y bucear en sus páginas los característicos perfiles de su temperamento artístico, tratando de averiguar, cuáles empeños lo acicateaban, cuáles ensueños les adormecían, cuáles ideales anidaban en su cerebro, y cuáles ánsias agitaban de contínuo su espíritu, de suyo razonador y místico, trabajo, ccmo se adivinará, no tan fácil de realizar en el brevísimo espacio de una *conversación pública*. Voy a intentarlo, no obstante, aún cuando la parquedad de la síntesis me obligue a relegar al fondo del tintero ideas, que se atropellarán para salir enredadas de los puntos de la pluma.

Nervo es un místico, tomada esta palabra en su más amplio significado, palabra que se ve desechada por los espíritus

superficiales por entender que huele a incienso y a sacristía. Y no es así. El misticismo no es escuela cerrada que abarque tan solo determinada religión confesional; no, misticismo es "la doctrina religiosa o filosófica, — habla el Diccionario Oficial — que enseña la comunicación inmediata y dirécta entre el hombre y la divinidad", de suerte que místicos hubo y hay, así en la religión de Budha, de Confucio, de Mahoma, o de Cristo, porque hombres hubo y hay en todas las religiones y aün en todas las sectas que aspíran a la comunicación directa de su alma con la Divinidad. Mas en Nervo, aun cuando se advierten lecturas de diversas tendencias filosóficas, se adivina al enamorado de Cristo, al alma que ansía confundirse con Dios, ante quien a cada paso reverentemente se inclina; es un deista perfecto, para quien no hay gozo, paz, ni sosiego si fáltale a su espíritu la esperanza en la divina Bondad, la ciega fe en la inagotable caridad del Supremo Hacedor de cielos y tierra.

Por las notas que aparecen al pié de varias de sus composiciones, se averigua que ansioso de escanciar su sed de Verdad pura, se acercó a diversas fuentes, bebiendo atropelladamente sorbos de filosofía en San Francisco de Asís, en Schopenhauer, en Zarathustra, en San Juan de los Angeles, en el Evangelio de Budha, en el Kempis, en los Salmos, demostrando todo ello cierta desazón espiritual que le invita a buscar, donde pueda encontrarla, la tranquilidad que su ingénita bondad apetecía.

Como a todos los místicos, la idea de la muerte le preocupa, pero aquella preocupación no ensombrece su mente, ni vé en el derrumbe de la materia la total anulación de su sér. A semejanza de nuestros místicos del siglo de oro, de Yepes, de Santa Teresa, de Granada, de Fray Luis de León, Amado Nervo entiende que si desde el nacer nos hemos desposado con la muerte, cuando por fin a nosotros llega envuelta en blanco sudario, deber es de todo mortal recibirla con agrado, y, si es posible, con la sonrisa en los labios. Feliz aquel, a quien en el supremo instante de devolverle a la tierra lo que tierra es, Dios le da suficiente claridad mental para advertir que mientras se desatan mundanas ligaduras, va la Parca ciñendo

su cuerpo con los invisibles lazos que el Amor Divino tiene constantemente prontos, para levantar del fango material de la vida, a las almas que alentaron siempre en perpetua aspiración de la vida ultraterrena, do impera la Bondad Suprema y el Supremo Amor.

De esta alentadora confianza en un tranquilo más allá. de esta sumisa resignación ante la eterna ley, hay buen golpe de ejemplos en los libros de Amado Nervo, y si se muestra confiado cuando exclama:

"Me marcharé, Señor, alegre o triste;
"mas resignado, cuando al fin me hieras.
"Si vine al mundo cuando tú quisiste
"¿no he de partir sumiso cuando quieras?"

más filosófico, más profundo, más místico se presenta cuando le arranca al laúd estrofas tan bien cinceladas como las siguiente, en la que la punzante, la corrosiva duda no logra anublar su confianza en Dios. Ya llegó la muerte, y dice:

"La puerta de la estancia cierra con mano pálida
"y ya no vemos nada, ya no sabemos más.
"¿Se metamorfosea detrás una crisálida?
"¿Qué alquimia portentosa se realiza detrás?
"¡Oh muerte, creadora del misterio, tú hiciste
"que la inquietud volase por vez primera en pos
"del Ideal. Mirando tu faz augusta y triste
"el hombre alzó los ojos y se encontró con Dios."

De misticismo sano y alentador hay incontados ejemplos en los libros del llorado poeta. Glosando lo dicho por Rabelais, el Cínico, cuando escribió "Ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma; conviene amar, servir y temer a Dios", Nervo, que si le ama y sirve no le teme, así se encara con él en una de sus más felices composiciones, que titula: *"Tú"*.

"Señor, Señor, Tú antes, Tú después, Tú en la inmensa
"hondura del vacío y en la hondura interior:
"Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa;
"Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.

"Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir; Tú en todas
"las transfiguraciones, y en todo el padecer;
"Tú en la capilla fúnebre, Tú en la noche de bodas;
"¡Tú en el beso primero, Tú en el beso postrer!

"Tú en los ojos azules y en los ojos obscuros;
"Tú en la frivolidad quinceañera, y también
"en las grandes ternezas de los años maduros;
"Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén.

"Si la ciencia engreida no te ve, yo te veo;
"Si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
"Por cada hombre que duda, mi alma grita: "Yo creo"
"¡y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!"

Otra de las cuerdas siempre pronta a vibrar en la bien templada lira del vate mejicano, es la del amor, y ello es la lógica consecuencia de su temperamento místico, de este sublime estado de alma que le lleva al mortal a amar con dilecto placer a todos los nacidos en quienes ve hermanos. Sin este beatífico amor no hubieran alcanzado las altas cumbres de la belleza, ni San Jnan de la Cruz, ni Santa Teresa, ni el *Pobrecito de Asís*, cifra y compendio del amor puro, como reflejo del que preside la acompasada harmonía de la creación entera. Si por otros méritos no quedase Nervo incorporado a la brillante legión de los inmortales, por los delicados acordes que a esta cuerda de su lira supo arrancar, merecería el aplauso de cuantos sienten la belleza y saben anteponerla a los materiales goces engarzados en lo deleznable y perecedero.

"Fe y Amor", grabó en su escudo de combate al tomar plaza en el revuelto palenque de la vida, y de fe están repletos sus cantares, y amor va sembrando a placer en su labor toda. Diríase que tanto y tanto encierra en su mortal corazón que se rezuma de su espíritu, y para no perderse en el vacío lo vuelca en sus composiciones; como San Francisco, de quien Nervo está enamorado, repartía su amor por igual a los seres todos de la creación. Y es que quien así logra por don divino, agudizar su sensibilidad, trueca en hermanos a todos los nacidos,

queriendo ceñirlos en célico abrazo de amor. Sin este afecto puro y santo, sin mezcla de egoismo ni adarmes de utilidad, no se concebiría la existencia de aquella sin par legión de místicos y ascetas que rotas las compuertas que separaban la edad media de la moderna, al llano bajaron desde las altas cumbres de sus ideales para predicar la fe en Cristo, el amor a todos los hombres.

La poesía que él tituló *Corazón,* o sea la que paso a leer, no desdeñarían, estoy cierto, de firmarla los más ensalzados príncipes de la lira religiosa castellana. Dice así:

"Corazón, sé una puerta cerrada para el odio;
"de par en par abierta siempre para el amor.
"Sé lámpara de ensueños celestes, y custodio
"de cuanto noble germen nos prometa una flor.
"Corazón, ama a todos, late por todo anhelo
"santo, tiembla con divino presentir;
"da sangre a cuanto impulso pretenda alzar el vuelo;
"calor a todo intento de pensar y vivir.
"Sé crátera de vino generoso, que mueva
"a los grandes propósitos. Sé vaso de elección,
"en donde toda boca sedienta la fe beba.
"Sé roja eucaristía de toda comunión,
"corazón.

Filósofo era Nervo, pero no encasillado en ninguna de las escuelas que en su vano anhelar pretenden haber descubierto la Verdad, de cual diosa creen ser los celosos sacerdotes. De esta filosofía movediza y voluble se ríe con amarga ironía en la composición que tituló *Tu filosofía*, tema que ampliará pocos días después escribiendo otras estrofas: *Mi filosofía;* mas de la real, de la verdadera, de la humana, como trasunto de la Verdad pura e inmutable, que para él reside en Dios, no sólo no se burla sino que a ella se afilia, sin que para penetrar en sus arcanidades haya tenido que escudriñar los secretos que, según los adeptos, encierran los libros por los filósofos escritos. Bastóle a Nervo tener corazón para amar, alma para sentir, ojos

para ver y sensibilidad para ponerse en contacto con sus semejantes, para ser filósofo, como lo fueron cuantos en el mundo han sido llevando en su entraña mucho amor y en el cerebro mucha fe. No creo que pueda haber verdadero misticismo sin una gran dosis de filosofía, como no concibo filosofía huraña, despectiva, atropelladora. Místicos y filósofos han de asemejarse en lo de amar a todos los vivientes; a todos sí, a los buenos porque la bondad atrae; a los que no lo fueron porque quizás el amor les sirva de seguro gobernalle que les ayude a salvar los bajíos y sirtes de la vida, y trocado en faro redentor les señale el sitio seguro para el definitivo anclaje.

Esta amorosa filosofía bebida no en humanos libros, sino en el Divino Decálogo, se condensa en su composición intitulada *Benedictus*, que no resisto a la tentación de haceros gustar, a pesar de estar escrita en verso libre; oidla:

"Dios os bendiga a todos
"los que me hicísteis bien.
"Dios os bendiga a todos
"los que me hicísteis mal, y que a vosotros,
"los que me hicísteis mal, Dios os bendiga
"más y mejor que a los que bien me hicieron;
"porque éstos, ciertamente,
"no han menester de bendición ninguna,
"ya que su bien en sí mismo llevaba
"toda la plenitud y todo el premio.
"¡Vosotros, sí, los de mi mal autores,
"necesitáis la bendición del Padre
"que hace nacer el sol para que alumbre
"por igual a los malos y a los buenos!
"Que se derrame, pues, en vuestras almas
"la más potente de las bendiciones
"divinas, y os dé el don por excelencia,
"el don de comprender."

Nervo, como se prueba recorriendo sus libros, espiritualiza su arte literario, infiltrando en toda su labor no sé qué hálito de divinal inspiración que le ayuda a sobrellevar las miserias de la vida y pone en sus manos, albas como la pureza de su

prédica, el velo con que ha de cubrir cuanto hasta él llegue por torcida vía. Aspira a la ajena y a la propia perfección, y corriendo en pos de ella, recoge preceptos morales de todas las escuelas filosóficas, de todas las religiones positivas, de todas las teorías humanas, que tiendan a fabricar el molde en que ha de vaciar su espíritu el mortal que aspire a acercarse a la Divinidad. Es un contemplativo que cultiva un huerto no cerrado, ese huerto en el que sin temor pueden entrar así los discípulos de Platón como los de Cristo; así los que creen que sólo hay salvación militando bajo determinadas banderas, como los que opinan que la bondad y la virtud no son patrimonio exclusivo de ninguna escuela. Es un hombre bueno que no logró agotar el caudal de benevolencia con que Dios, al nacer, le favoreciera.

Nervo, a pesar de la serenidad que señorea su mente, no alcanza a sustraerse a la inquietud que al común de los mortales tortura, pero la suya es tranquila, encauzada parece por la conformidad. Su desazón espiritual no es parte a hacer bambolear el cimiento sobre que se asientan sus bien raigadas creencias, Deista convencido, busca a Dios en todas partes y así se dice a sí mismo:

"Le buscaste en los libros,
"le buscaste en los templos,
"le buscaste en los astros,"

y pocas líneas después, suponiendo haberle hallado, prorrumpe en una exclamación, verdadero cántico del alma creyente:

"¡"Dios"! dirás en los besos,
"dirás "Dios" en los cantos,
"dirás "Dios" en los ayes."

Como lógico derivado de esta su actitud mental, la vida ni le apesara ni le entusiasma, tanto que como si ya la depositara en los insondables abismos del no sér, dice con cierto quijotesco desprecio:

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

En la lira de Amado Nervo no se descubren nerviosos arrebatos, ni levantados vuelos de una imaginación exaltada; pensamientos sí, que más que el nombre de pensamientos merecerían el de fugaces centelleos del pensar, ya que los más reflejan la rapidez con que viven las actuales generaciones. Parece ave canora que obligada a cruzar tupida selva, detiene su vuelo en cada árbol y a veces en diversas ramas, hijas de un mismo tronco, para lanzar al aire sus trinos repletos de harmonía.

Este poeta eminentemente sentimental y pensador, enamorado de todo lo grande, de todo lo atrayente, de todo lo hermoso, no podía morir en humilde lugar; debía entregar su espíritu al Dios en quien adoraba o en elevado monte de la cordillera andina o a orillas del imponente océano, cerca del majestuoso estuario, orgullo de las Repúblicas platenses, para que besaran su tumba, o los recios vendabales de la cordillera, o las rompientes olas del anchuroso mar, músicas las dos gratas al oído de quien fué rendido amador del ritmo y de la harmonía. No se concebiría a un poeta de la reciedumbre de Nervo cerrando sus ojos en ignorado rincón de la tierra. Si Méjico puede enorgullecerse por haberle dado vida, el Uruguay ha de estimar como merced del Altísimo el que en su seno se apagara la antorcha vital de quien tanta luz llevara en su mente y tanto amor en su alma.

En el vastísimo cielo de la literatura hispano-americana, poblado ya de soles y de astros de diversas magnitudes, Amado Nervo brillará siempre con luz propia, y varios de sus cantares, tanto por el centelleo, fugaz si se quiere, pero centelleo deslumbrador al fin, como por el cincelado de la forma y la seductora abundancia de su léxico, hermosearán con indiscutible derecho las páginas de las futuras Antologías, para que sirvan no sólo de placer a cuantos los lean, sino de ejemplo a los venideros vates, a cuantos mimados por las musas ansíen trepar al son de sus apolíneos laudes a la inmortal morada de la Belleza eterna.

Señoras y señores:

Honremos la memoria de Amado Nervo, imitándole, no en su labor literaria, ya que no está en nuestra mano poseer su don poético, pero sí en el deseo de ser buenos, para que al partir de este mundo haya quienes nos recuerden por habernos amado, y lloren al pie de nuestra tumba, lágrimas que son la más espléndida corona a que puede aspirar el justo.

Terminaré parodiando la frase tan conocida cuando en otros tiempos moría un Rey y al trono llegaba su sucesor, por entender que la realeza no moría; y pues Nervo vive vida inmortal por sus obras, digo: Señoras y señores: Amado Nervo ha muerto. ¡Viva Amado Nervo!

Ricardo Monner Sans.